

MARIA Y LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

FR. RAFAEL BURGALETA, O. P.

Ante el problema de la unidad cristiana la figura de la Virgen adquiere un relieve especial. Podemos considerarla como inspiradora del espíritu ecuménico, como objeto de diálogo con los hermanos separados y como modelo de actitud abierta ante los demás cristianos.

El movimiento ecuménico es una gracia del Espíritu Santo, que actúa en las comunidades eclesiales por encima de nuestras personales resistencias. La búsqueda de la unidad es, por tanto, una prolongación de Pentecostés. Una prolongación en la que actúa la oración de María, que repite la plegaria de Cristo en favor de la unidad en el amor. La actitud de la Virgen constituye un ejemplo para el cumplimiento de nuestra vocación cristiana: perpetuar a Cristo a través de nuestras vidas. No basta que Cristo haya orado por la unidad, si nosotros no hacemos nuestra esa intercesión, actualizándola y viviéndola.

¿Es realmente María una "piedra de escándalo" en el camino de la unidad? Muchas veces los cristianos de las diferentes iglesias hemos utilizado su figura como recurso en una apologética de poca altura. Los católicos solíamos fácilmente calificar a los protestantes de "enemigos de María"; ellos, a su vez, nos llamaban con evidente injusticia "adoradores de la Virgen". El tiempo de las contiendas apasionadas ha terminado para dejar paso al diálogo sereno y objetivo. Serena y objetivamente es menester reconocer que la doctrina acerca de María no ha sido nunca un punto de discrepancia profunda entre las iglesias. Ha venido a ser más un argumento de galería que un obstáculo serio. Es cierto que la postura protestante ante el misterio de la Virgen no coincide en muchos puntos con la nuestra. Pero no es menos cierto que la raíz de la discrepancia se encuentra en la distinta solución que damos al problema de la justificación y de la cooperación del hombre con la gracia de Dios.

Siguiendo el ejemplo del Concilio, los católicos hemos de subrayar la dependencia de María con respecto al misterio del Señor y, al mismo tiempo, evitar toda expresión imprudente que pueda deformar a los ojos de los hermanos separados el verdadero rostro de nuestra devoción mariana. No hemos de disimular en modo alguno nuestra doctrina acerca de los privilegios de la Virgen, tan solemnemente ratificados en los dogmas de la Inmaculada Concepción y

de la Asunción ; pero encuadrándolo en el marco de una fe eminentemente cristocéntrica. Amontonar sobre la persona de María títulos pueriles o enrevesados no es ciertamente favorecer el camino de la unión. Los protestantes, a su vez, se van dando cuenta de que han llegado demasiado lejos en su oposición a una seria piedad mariana. Los mismos reformadores del siglo XVI, especialmente Lutero, mantuvieron esta piedad y no llegaron a los extremismos de algunos de sus seguidores. Hoy día la labor de la teología mariana no es tanto especular buscando originalidades cuanto profundizar en las verdades definidas acerca de la Virgen y mostrar su coherencia con los aspectos más profundos del misterio de Cristo y de la Iglesia. De este modo María no solamente no podrá ser considerada como un obstáculo para la unidad, sino que constituirá un verdadero lugar de encuentro para un diálogo ecuménico.

El ecumenismo es algo que debe informar todas nuestras actividades cristianas : desde la investigación del teólogo hasta el testimonio del seglar en su vida privada. No se puede trabajar en el campo ecuménico sin ejercitar un conjunto de virtudes : amor a la justicia y a la verdad, preocupación por la vida de la Iglesia, respeto hacia la libertad del hombre, reconocimiento y aprecio de los valores cristianos de las comunidades separadas de Roma. Estas virtudes solamente pueden practicarse a impulsos del Espíritu Santo que nos hace adivinar la huella de Cristo allí donde se encuentre. Y con la huella de Cristo, el influjo benéfico de la oración de María.